

PARA UNA HISTORIA SOCIAL DE LA MEMORIA: SOCIEDAD Y CONMEMORACIÓN EN BARCELONA A FINALES DE SIGLO XIX¹

Stéphane Michonneau

A partir de los años 1860, una parte de la sociedad catalana se organiza para producir memoria colectiva. No sólo acomoda una lectura específica y coherente del pasado de España y Cataluña sino que se esfuerza también en asegurar su eficacia social por la práctica del gesto conmemorativo. En esto consiste básicamente la política de memoria liberal provincialista.

La expresión de *política de memoria* quiere dar cuenta de esta doble realidad discursiva y práctica. Por lo tanto, no designa un programa preconcebido de manipulación conciente de las memorias individuales, supuestamente fabricado por un Estado centralizado que impondría una visión unívoca del pasado de España con las herramientas privilegiadas que son los nombres de calles y monumentos conmemorativos. Dos motivos en contra de tal concepción instrumentalista: por una parte, el Estado español no parece tener voluntad ni siquiera capacidad para imponer a los barceloneses una memoria *prêt-à-porter*. Borja de Riquer ha señalado ya que el problema reside más bien en la relativa indiferencia o la incapacidad del Estado en españolizar los españoles del siglo pasado². Por otra parte, la población barcelonesa no es unida en sus sentimientos y aspiraciones, no es dotada por esencia de una memoria colectiva que pudiera oponer de manera unánime a la supuesta maquinación estatal. Aunque lo pretenda la sociedad conmemorativa, la que se encarga de gestionar el recuerdo en Barcelona, no existe una memoria colectiva catalana. La pretensión de que

1. Este artículo está inspirado de una tesis doctoral defendida en 1999 en la EHESS de París. Fue publicada recientemente en España: S. Michonneau, *Barcelona, memòria i identitat*, Barcelona, Eumo, 2001.

2. B. de Riquer, *La faiblesse du processus de construction nationale en Espagne au XIXe siècle*, en "Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine", 1994, vol. 41, n. 2, pp. 353-366; cfr. también: B. de Riquer, *Escolta Espanya*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 35-58.

existiera la memoria colectiva sólo es la voluntad de parte de la sociedad conmemorante de hacer adoptar sus propios recuerdos al cuerpo social entero. La operación choca con resistencias de manera que los conflictos de memoria siempre son conflictos sociales.

Por política de memoria, más vale entender la delimitación de un pasado colectivo por el conflicto político o sea, «el resultado de una lucha por imponer criterios legítimos de ordenación». Por consiguiente, el pasado de Cataluña puede perfectamente ser considerado como una realidad objetiva que hace de los catalanes un grupo humano diferente de los demás. Lo importante no consiste aquí en tratar de estas diferencias objetivas pero en comprender el proceso por lo cual esta diferencia (idiomática, cultural, religiosa, cualquier sea) es reconocido como tal por la sociedad, incorporada a una historia, instalada en tradición comuna por prácticas conmemorativas mutuamente comprensibles por todos los miembros del grupo³.

Está claro que la memoria, tal como la definía Pierre Nora en sus famosos *Lugares de Memoria*, es uso político del pasado dentro del presente según las grandes fracturas de la vida política española⁴. Pero también es proceso social de objetivación del pasado en memoria, o sea en hecho diferencial e identitario del conjunto de la “comunidad imaginada”⁵. Este proceso no sólo hace referencia a la producción de un discurso sobre el pasado del grupo catalán sino que también, y de manera vinculada, a su puesta en práctica por la conmemoración. La memoria no sólo es una palabra de autoridad que permite la existencia de la nación. Es al mismo tiempo su realización concreta que permite la incorporación de la idea de nación en el cuerpo social. Estudiar la memoria es determinar su arraigo social.

En suma, nuestra pregunta es la siguiente: ¿cómo una parte importante de la sociedad barcelonesa se arrogó del monopolio del discurso y de la práctica del pasado en nombre del conjunto de la sociedad? ¿Cual fue el interés de esta sociedad conmemorante definiéndose a lo largo del siglo XIX en ganar la sociedad entera a sus propios recuerdos gracias al invento de la memoria colectiva?

Una Renaixença que sólo es un nacimiento

En los años 1830, Cataluña experimenta la explosión de un movimiento cultural provincialista que fue designado luego como punto de partida del despertar nacional, la *Renaixença*. Josep Maria Fradera a mostrado la

3. M.C. García, *L'identité catalane*, Paris, L'Harmattan, 1998, p. 48; P. Bourdieu, *Ce que parler veut dire*, Paris, Fayard, 1982, pp. 135-136.

4. P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1985, 8 vol.

5. B. Anderson, *Imagined Communities, Reflection on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso, 1983.

importancia de tal recomposición cultural: la *Renaixença* se integra claramente en el ámbito de la construcción inédita de una cultura nacional, o sea de las actuaciones conformadoras que las clases superiores barcelonesas y las élites catalanas se esforzaron en imponer a las sub-culturas de clase o étnicas residuales, herederas de mundos desagregados⁶. La cultura nacional, según esta perspectiva, no deja de ser una empresa de normalización de la sociedad, de codificación, jerarquización y ordenación de parte de élites obsesionadas en estabilizar la sociedad española tan conflictiva desde la década 1830.

La actitud de la clase dirigente barcelonesa refleja una indecisión entre su voluntad sincera de participar de manera activa a la construcción de la nación española y su necesidad de reivindicar cierta especificidad catalana. Por un lado, la burguesía barcelonesa es la moharra del liberalismo en España. El papel destacable de la Ciudad Condal en el derrumbe del antiguo régimen y el lanzamiento del movimiento liberal no está por comentar. Hasta los años Cuarenta, Barcelona abraza con pasión el programa modernizador del programa gaditano. La etapa se nutre de un “liberalismo utópico”, según Josep Fontana, o sea de «cierta ilusión de que las promesas de libertades políticas compartidas bastarían en satisfacer las aspiraciones de las clases subordinadas»⁷.

Lo que se juega en la revolución liberal es ya conocido: construir la nación española, dar vida a un proyecto nacional que unifique los grupos dirigentes sobre la conducción de un Estado fuerte y capaz de arbitrar los conflictos de clase para garantizar la cohesión social frente a los desequilibrios introducidos por la revolución industrial, capaz de ofrecer la igualdad de derechos a sus ciudadanos invitando las clases intermediarias a participar a la vida política, capaz de fundar la creencia en la nación, cimentando los ciudadanos en contra de soluciones radicales que pusieran en tela de juicio el orden social y político.

Pero el bombardeo de Barcelona en el otoño 1843 durante la famosa *Jamància* es el giro fundamental del siglo, donde Barcelona pierde definitivamente su papel de líder liberal de España. El liberalismo radical barcelonés se convierte entonces en el principal enemigo de los gobiernos españoles, cada vez más inclinados hacia el conservadurismo. Barcelona se retira del escenario político.

Una vez abortada la última oportunidad de intervención de Cataluña en la dirección de España, se abre la vía a proyectos autoritarios y uniformadores: a partir del año 1844, la época está dominada por las palabras de orden, paz y disciplina social. Los dirigentes españoles se limitan en organizar un Estado

6. J.M. Fradera, *Cultura nacional en una societat dividida*, Barcelona, Curial, 1992.

7. J. Fontana, *Història de Catalunya, La fi de l'antic règim i l'industrialització*, Barcelona, Edicions 62, 1988.

centralizado apoyado en mecanismos represivos experimentados. Sin embargo, la conflictualidad social es particularmente fuerte en Cataluña, consecuencia del potente empuje industrial de esta región española. Barcelona, la pesadilla de los defensores de la orden social, se convierte en el mayor “problema” de España, el que requiere la coerción casi permanente del ejército y de la Guardia civil (justamente creada en 1847). Entre 1814 y 1900, Barcelona totaliza más de 60 años de estado de guerra: un récord nunca igualado en el reino. Barcelona es el niño mal criado de la Europa burguesa.

Por otra parte, la industrialización brutal crea entre Barcelona y su conjunto español un desfase creciente que origina el sentimiento provincialista. De una experiencia singular nace un proyecto industrialista y modernizador original que no se limita, contra toda apariencia, a la voluntad de unificar el mercado de consumo español alrededor de la principal fuente de producción industrial española. En efecto, la defensa del proteccionismo cristaliza este proyecto industrialista para España, reforzando al mismo tiempo la cohesión de la clase dirigente catalana. Josep Fontana describe como la lucha arancelaria de los industriales catalanes se arraiga en esta propuesta tan típica de un capitalismo ya maduro. No hace falta subrayar que el proyecto industrialista impulsado por la burguesía catalana es por esencia un proyecto para España.

La monarquía es globalmente indiferente al proyecto expuesto que siempre defendieron las clases superiores catalanes para España. La tensión entre sus convicciones liberales, cosmopolitas y europeistas, y su arraigamiento local produce un compromiso frágil e intermediario entre liberalismo y provincialismo. Resulta que la cultura de clase de esta burguesía tiene una doble dirección: hacia una cultura liberal promovida por el Estado liberal que pretende conducir sin tener los medios mínimos de hacerlo y hacia una cultura popular viva y contestataria que pretende controlar como pueda. Las relaciones doblemente conflictivas que entretiene con el Estado por una parte y las clases subordinadas por otra producen una cultura propia con dos caras: la expresión de *liberal provincialismo* traduce exactamente una tensión originaria que marca profundamente la estructura de la identidad colectiva catalana en el siglo XIX.

En el plano de las memorias, las primeras formulaciones del liberal provincialismo coinciden con la muerte anunciada del antiguo régimen en Barcelona, o sea con la cultura romántica renaixentista. No obstante, hay que esperar los años 1860 para que la *Renaixença* encuentre su público culto y burgués, gracias en particular a los Juegos Florales (re)instaurados en 1859. Entonces se diseña en el seno del grupo dirigente una visión coherente del pasado de Barcelona y de España⁸.

8. J. Casassas Ymbert, *Intel·lectuals, professionals i polítics a Catalunya contemporànea, 1850-1920*, Barcelona, Els Llibres de la Frontera, 1989.

La palabra misma de *Renaixença* sugiere el renacimiento de un antiguo y glorioso pasado. En su esencia, La *Renaixença* se presenta a sí misma como continuación de una historia interrumpida, imitación, defensa y recuperación de una cultura en peligro de extinción. El olvido, por consiguiente, está asociado a la decadencia mientras el recuerdo a la regeneración. La *Renaixença* valora de manera extraordinariamente positiva el recuerdo y sus manifestaciones concretas: este único hecho ya bastaría para fundamentar una historia de la memoria.

La memoria liberal provincialista: un discurso en acción

En 1863, Barcelona adopta de golpe una nueva nomenclatura para su Ensanche: la municipalidad acepta las proposiciones hechas por Víctor Balaguer en un libro de encargo, *Las calles de Barcelona*⁹. Esta obra es fundamental para nosotros porque define para el resto del siglo el ámbito de toda referencia al pasado en la ciudad: la conversión de la nomenclatura en gran libro abierto de historia es un ejemplo cumplido de *historia aplicada*.

En primer lugar, hay que ver cuanto los cambios urbanos sufridos por Barcelona modificaron el vínculo que los barceloneses entretenían con su pasado. Durante siglos, la configuración general de la ciudad casi no se alteró. Todo pasa como si la permanencia del marco urbano implicara una relación directa al pasado, todavía no mediatizada por la conciencia de una ruptura irremediable en la propia historia de la ciudad. Pasear por la ciudad, en estas condiciones, es dejarse impregnar de lo que siempre estuvo aquí, de tiempo immemorial o sea de tiempo sin recuerdo, mejor dicho cuyo recuerdo no es imprescindible. Así como lo escribe Pierre Nora, el recuerdo necesita para existir un pasado muerto, o sea la conciencia de un pasado definitivamente cumplido.

Pero Barcelona sufre un doble trastorno que acaba con la capital del antiguo régimen e inaugura la época de la reforma de nunca acabar: por una parte, la lenta demortización y por otra, el crecimiento económico y demográfico¹⁰. Numerosas operaciones urbanísticas puntuales se superponen al tejido medieval, valores y formas de convivir típicas de la burguesía. La ciudad se convierte en un decorado donde las clases dirigentes puedan proyectarse, un espacio de *urbanità* en acuerdo con la imagen que estas élites nuevas quieren promover. Desde ahora, la ciudad es el instrumento estimulante de un orgullo cívico y la expresión más obvia de la modernización de la sociedad. Las calles son, entonces, un texto instructi-

9. V. Balaguer, *Las calles de Barcelona*, Barcelona, Ed. Salvador Manero, 1865, 2 vols.

10. M. Guàrdia i Bassols, *Estructura urbana*, en J. Sobrequés i Callicó (dir.), *Història de Barcelona*, Enciclopèdia Catalana, 1995, vol. 6.

vo capaz de manifestar y propagar un nuevo orden político y social, los valores y las aspiraciones de *civilitas* que están definiéndose.

La metrópolis moderna, tan ahogada por su collar de hierro, piensa en ensancharse: la palabra parece ser una de estas fórmulas mágicas que pudiera curar la ciudad de todos los malos de la civilización moderna. Entre 1840 y 1860, el derrumbe de las murallas es el señal de reunión de la generación romántica y liberal. El ensanche, nueva ciudad ilimitada, concentra las esperanzas de modernidad, progreso y libertad cuya extensión, según la historia liberal de aquel tiempo, no conoce límites¹¹. Esta Nueva Roma por edificar cristaliza el optimismo de una generación criada a la sombra de la reacción, y también la utopía de una nueva fundación mítica de Barcelona que anihilara los problemas y contradicciones sociales herederos de su época. Lo peculiar del caso barcelonés reside en el carácter doblemente opresivo de estas murallas, según dice Manuel Guàrdia i Bassols, tanto como obstáculo en concreto del crecimiento urbano sino como símbolo de libertades políticas suprimidas. Su destrucción por lo tanto pretende organizar el olvido de un episodio visto como traumático por los románticos, o sea el sitio de la Ciudad Condal por las tropas de Felipe V en 1714.

El año 1860 representa para entendernos la transición de una concepción estable de la identidad urbana a la más dinámica que caracteriza la época contemporánea. Cuando Barcelona conquista su llanura, interrumpe el diálogo tranquilo que entretenía con su pasado para imaginar un futuro en constante obra. La ciudad se proyecta desde luego en su porvenir tal como en su espacio: el tiempo está por conquistar. Por consecuencia, la irrupción del futuro no deja de cambiar radicalmente la relación al pasado y el valor que se lo atribuye. El vértigo de una identidad siempre dinámica, jamás aprehensible, produce el contrafuego de una imagen estable y tranquilizadora del pasado. El pasado, haciéndose duradero, ahora refleja el sueño de una estabilidad perdida: por eso tiene sentido referirse a él, advocarlo como ejemplo, convertirlo en tradición, en fin conmemorarlo.

Esta es la tasca del historiador Víctor Balaguer: tiene objetivo la inscripción en las calles de la ciudad del relato total de la historia liberal provincialista. Es la hora de las grandes síntesis de la historia nacional: la *Historia General de España* publicada entre 1850 y 1859 por Modesto Lafuente ilustra la obsesión por la génesis de la nación española. En Cataluña, Pujades primero, Antoni de Bofarull y Joan Coratada luego intentan realizar tales obras ambiciosas¹². En este contexto se sitúa la obra

11. L. Coudroy de Lille, *La question des ensanches (1860-1910): problèmes d'histoire et d'historiographie urbaine en Espagne*, en J.-F. Schaub (ed.), *Recherche sur l'histoire de l'Etat dans le monde ibérique*, Paris, Presses de l'ENS, 1993, pp. 263-283.

12. J. Cortada, *Historia de España*, Barcelona, Imprenta de Brusi, 1841-1842, 3 vols.; A. de Bofarull, *Hazañas y recuerdos de los catalanes ó colección de leyendas*, Barcelona, s.n., 1864.

de Víctor Balaguer, publicada entre 1860 y 1863: la *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*.

En el prólogo, Balaguer admite que la palabra de historia no conviene al tipo de relato que se propone narrar. ¿Pura precaución de lenguaje de parte de un autor modesto? Creo que es típica de una postura balaguera: a medio camino entre historia erúditas y ficción literaria. Él mismo habla de «leyendas histórico-fantásticas» o bien «composiciones histórico-poéticas»: es decir que su obra consagra la consolidación de un género literario mixto que mezcla historia y literatura, donde la evocación leyendaria de los episodios pasados más vale que su presentación exacta. Víctor Balaguer es un narrador de mitos.

El autor defiende delante del comité permanente del ayuntamiento la idea de una obra duradera, «histórica y armoniosa», cuidando la coherencia ideológica interna de la nueva nomenclatura¹³. La temática de los 494 artículos que componen la obra avoga la defensa virulenta del patriotismo español y la identificación de la historia de España con la del Estado-nación liberal. Al igual de Lafuente, Balaguer se interesa al origen y evolución de la nación española, a los factores que frenaron o aceleraron el largo proceso de unificación de la península. Tampoco se encontraría oposición entre Lafuente y Balaguer en cuanto a la definición del denominado carácter español o el nacimiento de España. La españolidad se funde en la soberanía territorial, el amor de la libertad y de los valores individualistas, el respeto al derecho y un sentido salvaje de la independencia nacional¹⁴. En estos aspectos, el catalán sólo es un español exagerado. Ni siquiera hay diferencias en las maneras respectivas que tienen estos autores románticos de identificar siempre la nación y el Estado, el Estado y la monarquía. La defensa del código civil catalán no pone en tela de juicio la creencia de que el derecho resume un pueblo y la historia de la Corona de Aragón se reduce a la de sus reyes.

Sin embargo, ¿en qué consiste el provincialismo tan característico de esta época? En primer lugar, Balaguer está convencido de que van ligados la concentración de los poderes, el absolutismo y la centralización. La fuerza de los fueros catalanes consiste al contrario en su ideología pactista entre dos soberanías iguales, la de Castilla y la de Cataluña, la del monarca y la del pueblo. Ahora bien, el absolutismo español rompió el pacto y los Reyes Católicos no respetaron el modelo pactista de la Corona de Aragón simbolizado, según Balaguer, por sus ilustres instituciones: los *Corts Catalanes*, la *Diputació*, el *Consell de Cent*, etc.

13. *Arxiu Administratiu, Llibres d'actes del Consell Municipal Permanent*, 20/10/1863.

14. P. Cirujano, T. Alorriaga, J.S. Pérez Garzón, *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868*, Madrid, CSIC, 1985.

Pues, no es de sorprender el desprecio con el cual Balaguer considera los Habsburgos que acusaron los malos de la centralización. Esta dinastía, extranjera además, hubiera arruinado la verdadera grandeza de España, la que se fundaba en sus libertades. Los motines periódicos de Cataluña en contra de esta perversión son interpretados como los últimos esfuerzos a favor de la libertad española. La cronología balagueriana considera la época moderna como tiempo de decadencia al que se opone de modo caricatural el resplandor medieval y decimonónico.

Una segunda originalidad proviene desde luego del medievalismo que impregna toda la obra de Balaguer. Esta nostalgia no es en absoluto un arma dirigido en contra del patriotismo español. Todo al contrario, sirve para entretener el recuerdo de la independencia pasada sin expresar por lo tanto el deseo escondido de una separación política. Esta memoria es básicamente la evocación de una edad de oro, cuando se supone que la clase dirigente dominaba de manera exclusiva un país que escapaba entonces a la lucha de clase. Así que la configuración de la alta cultura barcelonesa en cuanto a la edad medieval no es nada incompatible con un patriotismo español sincero.

Por fin, la última peculiaridad del panteón liberal provincialista reside en su vocación imperialista. Está claro para Balaguer que el espíritu de conquista es señal de potencia y prosperidad. La edad de oro del imperio catalán, en los siglos XIV y XV, coincide, según esta valoración de la historia, con el apogeo de un sistema político liberal estrechamente ligado a una brillante cultura y un crecimiento económico jamás visto desde entonces. Es de notar que se justifica la conquista no por motivos religiosos sino comerciales. De este modo, Balaguer no establece ningún vínculo entre la Reconquista y la extensión de la Corona de Aragón en el Mediterráneo. Todo pasa como si Cataluña nunca hubiera participado ni compartido el gran destino de los otros reinos medievales. La ocultación de este pasado marca la diferencia entre una Castilla militarizada y terrestre y una Cataluña pacífica y marítima.

En suma, Balaguer examina el sitio ocupado por Cataluña en España: en nombre de su papel de baluarte de las libertades españolas, Cataluña pide una igualdad de tratamiento — o una primacía — en la elaboración de la nación española. La historia del Principado no es historia regional sino al contrario, paradigma de la historia de España. Por eso Balaguer desea «la españolización de Cataluña» pero no la «castillanización de España». Se podría considerar más bien que el historiador trabajaba a la “catalanización de España”, o sea su conversión a los ideales industrialistas de la burguesía catalana.

Es obvio que la memoria liberal provincialista de los años 1880 desemboca en una forma de patriotismo local aunque no ponga en cuestión los fundamentos del nacionalismo español. El liberal provincialismo es una síntesis que permite conciliar dos sentimientos de pertenencia aparente-

mente complementarios. Resulta un «lenguaje del doble patriotismo» según Josep M. Fradera que pretende diseñar una nueva identidad colectiva que esté en acuerdo con la conciencia burguesa¹⁵.

El nacimiento de una sociedad de memoria

La memoria liberal provincialista también es una práctica social que determina, al principio de los años 1880, la aparición de una sociedad conmemorante que pretende monopolizar, en nombre de la colectividad, la gestión del pasado.

Víctor Balaguer no está aislado en su tarea en la Barcelona de la década Ochenta. Numerosos escritores e historiadores traspasan la frontera problemática entre historia y literatura. Esta historia novelada, o literatura historizada según punto de vista, se lleva la palma del público y la generación romántica fue totalmente consciente del fenómeno.

La empresa de mitologización de la sociedad está facilitada por las múltiples caras de los intelectuales renaixentistas¹⁶. Son escritores, poetas, periodistas, historiadores a sus horas pero también juristas, políticos, universitarios. Estas carreras eclécticas heredadas de la Ilustración no conocen todavía la división del trabajo que acompaña una tímida profesionalización de las actividades intelectuales. Por lo tanto, la memoria no es negocio de todos: proponer una conmemoración, erigir una estatua pide cierta competencia, en fin una palabra de autoridad en esta materia. Así se puede reconocer el perfil de lo que llamaríamos un experto de memoria que no solo se reconoce como tal, cuya presencia es imprescindible, sino que se insta a ser especialista del problema y se autoriza en hablar en nombre de un grupo determinado que pretende representar¹⁷.

El exámen de los promotores de memoria lleva varios problemas metodológicos. Primero, chocamos con la extrema plasticidad del grupo sociológico considerado. No se puede constatar ninguna institucionalización del grupo promotor en digamos cualquiera academia de la memoria, en cualquiera asociación o entidad cuyo objetivo sería la promoción expresa de la memoria. La memoria es una actividad social notable que escapa a un análisis jurídico o institucional: reúne elementos variados alrededor de prácticas comunes de movilización del pasado. Hace constar un sistema dinámico de interrelaciones sociales, altamente volátiles, sin núcleo conmemorativo estable, pero dibujando siempre una configuración social única e irrepetible adaptada a un objetivo muy concreto: la imposición de un nom-

15. J.M. Fradera, *op. cit.*, pp. 109-126.

16. J. Casassas Ymbert, *op. cit.*

17. D. Memmi, *Les gardiens du corps*, Paris, EHESS, 1996.

bre de calle, la construcción de un monumento conmemorativo¹⁸. Por consiguiente, tenemos en cuenta los mecanismos sociales que presiden la determinación de la mejor combinación posible para un objetivo preciso. Dos mecanismos están en juego.

En primer lugar, los comités pro-monumentos muestran un proceso de elección del experto: la comisión busca reunir las mejores personalidades posibles para conseguir su proyecto. Es decir, el comité es por esencia elitista: por un lado, la presencia de tal o tal personalidad depende estrechamente del grado de cohesión del sector social que representa, de la jerarquización interna adquirida en los campos intelectuales, artísticos, económicos o políticos. Por otro, la participación de una personalidad al comité le da gran prestigio social que permita asegurar la posición dominante que ocupa en el seno de su propio campo de actividad social. En resumen, la memoria es un agente activo de conformación de la sociedad en campos sociales estructurados y autónomos entre sí — el mundo del arte, la intelligentsia de los Juegos Florales, las grandes asociaciones patronales — sin que ella, a pesar de todo, constituyera un campo social definido¹⁹. En definitiva, todo pasa como los diferentes grupos sociales, pendientes de consolidación, se proyectaran en la actividad de memoria de manera puntual sin tener interés a constituir el grupo promotor de manera estable y fija.

En segundo lugar, la determinación del grupo emprendador de memoria se sitúa en el marco de una lógica participativa, convirtiendo a publicidad del proyecto en la llave de oro de su eficacia social. Existen múltiples estrategias de incitación para ganar círculos sociales cada vez más anchos alrededor del núcleo conmemorante. Unas de estas son la petición y la suscripción popular.

El ritmo de petición va aumentando a lo largo del siglo, reflejando una verdadera toma de palabra de parte de la población²⁰. La naturaleza de los firmantes cambia. En principio, es una personalidad sola cuya calidad social basta para acceder a la administración municipal. Pues son grupos de vecinos, más y más constituidos en asociaciones de defensa a partir de 1885. Luego son mayoritarios las uniones de entidades y comerciantes. Pasamos de un modelo elitista donde importa en prioridad la posición del experto en un campo social determinado a un modelo abierto donde más

18. J. Revel, *L'institution et le social*, en B. Lepetit (dir.), *Les formes de l'expérience*, Paris, Albin Michel, 1995, pp. 63-84.

19. Un ejemplo con la comisión del monumento a Colón: *Arxiu Administratiu, Obres i Urbanisme, Comisión Especial del Monumento a Colón, 1881-1889, 8 caixes*. Ver también: S. Michonneau, *Le monument à Colomb: un projet national catalan pour l'Espagne*, en *Nations en quête de passé: la péninsule ibérique (XIX^e-XX^e siècles)*, Paris, Ibérica-Essais, Presse de l'Université de la Paris-Sorbonne, 2000, pp. 109-124.

20. Hay 89 peticiones en los archivos de las comisiones municipales entre 1860 y 1930 (*Arxiu Administratiu*).

importa la facultad de arrastrar en profundidad la sociedad. O sea, la dimensión representativa típica del experto no se anula pero se complementa por una nueva dimensión participativa.

La popularidad de la causa de memoria también se mide por el éxito de las suscripciones²¹. Hasta la década de los Noventa, los donantes a suscripciones monumentales pretendían cumplir un gesto de caridad: caridad y conmemoración son las dos caras de una misma preocupación de las clases dirigentes por resolver la deuda que tienen hacia los que se sacrificaron. Los deberes de memoria y de caridad son la contrapartida de una posición social elevada en una sociedad estrictamente jeraquizada. Esta intimidad de principio entre caridad y memoria expresa perfectamente la naturaleza de la conmemoración en calidad de actividad eminentemente elitista.

El análisis de las listas de suscripción confirma la importancia de esta dimensión propiamente social. En efecto, la suscripción de finales del siglo XIX está estructuralmente incapaz de sufragar a los gastos de los proyectos monumentales. De hecho, la naturaleza elitista de la suscripción *fin de siècle* limita lógicamente la cuenca de recaudamiento a pocas personalidades o entidades. Por ejemplo, la suscripción al monumento Aribau necesita dos campañas: la primera, en 1877, reúne 4660 ptas. La segunda, en 1885, totaliza 1843 ptas entre sólo 19 personas, o sea una media muy alta de 97 ptas/pers.

Por eso las comisiones ejecutivas intentan alargar el tiempo de suscripción y sobre todo ampliar el campo social del tributo. La comisión al monumento Güell lo realiza por primera vez a gran escala: entre el mes de marzo 1878 y el de enero 1882, la suscripción recauda 16611 firmantes, 115 municipalidades, 2 bancos, 28 sociedades industriales o agrícolas, 5 diputaciones provinciales. La movilización no tiene entonces punto de comparación: la iniciativa es de los industriales que abren en sus establecimientos listas de donativos. En estas condiciones, es fácil suponer que se

21. Hasta 1900, las listas de suscripciones son completas para:

– le monument Güell (1881) Arxiu Administratiu (AA), Exp 242, Serie B, 1879; Exp 1414, LI 24, fol 64, 1881; Exp 1890, fol 48, Reg 139, 1883 et qctes del Consell Permanent de la Ciutat (CMP) 04/04/1879, 22/12/1881, 16/05/1882, 12/08/1884, 03/02/1885, 31/03/1885, 07/12/1886, 18/01/1887 et 03/07/1888. Cfr. también Arxiu Diputació, LI 1387.

– le monument Colomb (1882-1886): AA, Obres i Urbanisme, Comisión Especial del Monumento a Colón, 1881-1889, 8 caixes.

– le monument Clavé (1883-1888): AA, Exp1857, Reg 223, fol 153, 1883. Cfr. también AA, CMP, 13/09/1883, 06/11/1888 et 09/05/1889.

– le monument Rius i Taulet (1899-1902): AA, CMP 16/01/1892, vol 1, fol 67, AA, Exp 494, Gobernación, serie D, 1891. AA, CMP 12/03/1897, vol 1, fol 205 ; CMP 26/01/1897, vol 1, fol 67; CMP 30/03/1897, vol 1, fol 215v; CMP 22/09/1897, vol 2, fol 398v. AA, Exp 365, Gobernación, serie D, 1897, AA, Exp 494, Gobernación, serie D, 1891; Exp 2416, Fomento Obras Públicas, 1895-1896.

ejerció una fuerte presión: en este caso la suscripción parece ser un impuesto ideológico pagado por los obreros. Lo cierto es que la suscripción ya se funde en un centenar de suscriptores-promotores que inventan los medios adecuados a una mayor participación.

La estructura elitista de la conmemoración queda intacta aunque su capacidad de arrastramiento aumente. En el siglo XX, cuando las asociaciones nacionalistas desempeñan el papel aglutinante de las personalidades del siglo pasado, el modo participado adquiere un valor más importante aún. No deja de ser vigente la determinación del embrague de la memoria gracias a procesos de selectividad. La memoria nunca pierde su carácter eminentemente elitista.

Conclusión

En modo de conclusión, la historia de la política de memoria liberal provincialista en Barcelona es la del sistema social que produce memoria colectiva y también la de una memoria que configura la sociedad. Pienso que una historia de la memoria sólo tiene valor en el marco de la historia social²². Nuestro estudio quisiera demostrar que la memoria es una realidad social discursiva, una representación mental que define la relación al pasado que tiene el grupo catalán. Monumentos y placas de calles son las huellas concretas de la memoria, o sea las traducciones de un discurso en la realidad de la ciudad. El gesto conmemorativo es el proceso social de esta objetivación. Resulta que la memoria es tanto discurso como práctica. La historia de este procedimiento identitario pone de relieve la manera con la cual unos grupos se apropian una palabra de autoridad que únicamente por su enunciación hace existir la comunidad nacional y la estructura.

A su manera y a su ritmo, la sociedad barcelonesa se organizó para producir recuerdos colectivos que no sólo instigan una creencia en un destino particular sino que acaba por forjarla, efectivamente, o sea prácticamente, en una sociedad distinta. En la segunda mitad del siglo XIX, la cuestión de la memoria en Barcelona revela tanto una definición especial de la realidad como un modo original de participación social: tal vez reside aquí una diferencia “objetiva” de la sociedad catalana en España.

22. J. Davallon, Ph. Dujardin, G. Sabatier (dirs.), *Le geste commémoratif*, Lyon, CERIEP, 1994